



J. Sardá

(De *Juventut*)

MEDIODÍA

Al calor del sol brota fuego de la tierra soñolienta. El cielo estalla de luz. Cubre las montañas cenital de oro. La carretera polvorienta se extiende á lo lejos, blanca, infinita, abriéndose paso entre los campos. Sobre las llanuras flotan los insectos brillando. Una tranquilidad aplastante lo invade todo. En lejano lugar un río extiende su lámina tersa reflejando el cielo de plata. A lo largo de los caminos, árboles inmóviles, cuyas hojas no agita un soplo de aire, se destacan con un color verde violento sobre el dorado fondo de las montañas. Los pájaros no dejan oír sus cantos de regocijo. Es la hora en que desde el cénit el grande astro asaetea con sus rayos tierra y cielo.

Bajo la inmensidad ardorosa, por la carretera que llamea, va una segadora; camina lentamente y de cuando en cuando se detiene. Está fatigada; tiene sed. Pasa cerca de los árboles buscando sombra con inútil afán; el sol centellea perpendicularmente sobre los cuerpos.

La mujer llega á detenerse; ya no puede andar más. Forcejea consigo misma breves instantes; su corazón apenas late; sus ojos se dilatan...

* * *

En el lecho de polvo del camino que serpeando se pierde en la lejanía yace la víctima de la insolación.

Se oye el ruido de un carro que rueda pesadamente; los machos que lo arrastran con lentitud, hunden sus cascos en el suelo haciendo brotar torbellinos de polvo espeso.

El arriero echado sobre los bultos que en el carro hay, duerme como una bestia rendida por el trabajo, — los mulos siguen su marcha bajo el toldo de fuego del mediodía.

Al pasar junto á la mujer los mulos la husmean. Los ejes del carro chillan. Y las enormes ruedas pasan por encima de aquel cuerpo inerte amortajado con el polvo de la carretera.

El carro se aleja y el arriero continúa durmiendo.

c. R.